

de Jesús y la experiencia del mismo Dios que inspiró su peculiar modo de vida que acabó en la cruz.

5. Finalmente, leer los textos desde nuestra realidad actual

Como ya hemos indicado más arriba, uno de los rasgos que aparecen en el proceso de formación de los evangelios es su carácter vivo. A lo largo de las primeras décadas y hasta su puesta por escrito se percibe que las tradiciones de Jesús se mantenían en la memoria pero eran también interpretadas una y otra vez con el fin de que fueran una palabra significativa en los distintos contextos.

Sin embargo, el lector actual se encuentra con los textos canónicos y literariamente cerrados. Este hecho no significa que sean una realidad inerte sino todo lo contrario; su vocación continúa siendo la del pasado: ser un mensaje transformador. Se impone, eso sí, la necesidad de interpretarlos.

La interpretación de los evangelios, como de la Biblia en general, requiere la lectura y el estudio de los textos con el mayor rigor posible, tratando de conocer cuál fue el significado que originalmente tuvieron con el fin de evitar proyectar sobre ellos nuestras ideas preconcebidas o propias de nuestro mundo y no del suyo. Es importante, además, leerlos repetidamente con el fin de descubrir elementos que hasta ese momento nos han podido pasar desapercibidos y permitir que podamos vernos gratamente sorprendidos. Como los clásicos de la literatura, los textos de los evangelios son un pozo inagotable que permiten lecturas siempre nuevas. En ellos no encontramos recetas pero sí una persona, Jesús de Nazaret, quien pone nombre a nuestros anhelos y hace surgir en nosotros otros nuevos. Los evangelios siguen siendo hoy el lugar desde el cual podemos mirar nuestra realidad personal, la de nuestras relaciones, la de nuestro mundo, con sus luces y sus sombras, descubrir a Dios en ellas y vislumbrar el camino a seguir.

Así, y a modo de conclusión, algunas de las claves para una lectura actual y creyente de los evangelios son: la atención al texto, a sus datos y a su mensaje original, lo cual requiere tener en cuenta el contexto en el que nacieron; descubrir el rostro de Dios que los textos “desvelan” (cuáles son sus rasgos, quiénes son sus preferidos y por qué, cuál es su modo de estar en la historia); no olvidar que los evangelios tuvieron en su origen una vocación transformadora más que instructiva, esto es, tenían más que ver con la vida que con las ideas; y, finalmente, hacer de ellos textos significativos para el hoy que nos toca vivir.

6. Bibliografía

Aguirre, Rafael, “La segunda generación y la conservación de la memoria de Jesús: el surgimiento de los evangelios”, en: R. Aguirre (ed.), *Así empezó el cristianismo* (Estella: Verbo Divino, 2010) 195-254

Carter, Warren, *Mateo y los márgenes. Una lectura sociopolítica y religiosa* (Estella: Verbo Divino, 2007 (orig. 2000))

Coakley, J. F. , "The Anointing at Bethany and the Priority of John," JBL 107/2 (1988) 241-256

Guijarro Oporto, Santiago, *Los cuatro evangelios* (Salamanca: Sígueme, 2010)

Guijarro, Santiago and Rodríguez, Ana, "The 'Messianic' Anointing of Jesus (Mark 14:3-9)," BTB 41.3 (2011) 132-143

Junco Garza, Carlos, *La Biblia, libro sagrado* (Estella: Verbo Divino, 2008)

Miquel, Esther, "El contexto histórico y sociocultural," in: R. Aguirre (ed.), *Así empezó el cristianismo* (Estella: Verbo Divino, 2010) 49-99

Rodríguez Moreno, Mery, "Un gesto de mujer como inspiración del lavatorio de los pies de Jesús (Jn 13,1-20)," en: C. Bernabé (ed.), *Con ellas tras Jesús. Mujeres modelos de identidad cristiana* (Estella: Verbo Divino, 2010) 165-198

Smith, Dennis E. , *Del simposio a la eucaristía. El banquete en el mundo cristiano antiguo* (Estella: Verbo Divino, 2009 (orig 2003))

Del Antiguo al Nuevo Testamento

Lc 1 - 2

Rev. Aragón. Teol. 44 (2016)

Jesús M^a Muñoz S.J. (Taiwan)

1. El libro, el concepto y la soldadura literaria de Lucas

Los creyentes en Cristo tuvieron muy desde el principio el presentimiento de que estaban ante algo nuevo. La resurrección de Jesús era algo impensado e impensable. En la noche de aquel sábado nadie en Jerusalén, o en todo el territorio de Israel, hubiera apostado nada a que al día siguiente alguien vería vivo a Jesús. Era sencillamente impensable, lo nunca visto. Es posible que si lo plantearan alguien podría llegar a pensar que, de ser alguien, ese debía ser Jesús, que había pasado por el mundo haciendo el bien, curando a los oprimidos por el demonio... Pero, por otra parte, precisamente Jesús el crucificado, hacía más impensable este hecho. Aunque eso fuera posible... Por eso, cuando se produce, la sensación de novedad es intensa e inmediata.

Esta sensación fue poco a poco adquiriendo consistencia y densidad. De ello tal vez el mejor ejemplo sea la carta a los hebreos, sea cual sea la datación que se le quiera dar. Allí ya se habla con toda libertad y claridad de que "al decir NUEVO, ha convertido en anticuado al primero" (Hb 8,13). Y ello lo hace mediante una cita larga del Antiguo Testamento.

Pero ya no es sólo un concepto. La expresión "Antiguo Testamento" ocurre ya en un documento relativamente primitivo del Nuevo Testamento: "en la lectura del antiguo Testamento..." (2Co. 3,14). Se habla de "lectura" por lo tanto de libros.

El texto que consideramos es del evangelio de Lucas. De un libro. No es ya la sensación o vivencia, ni siquiera la predicación oral, sino su expresión escrita. Creo que Lucas en estos capítulos ha dado una forma literaria al concepto de Nuevo Testamento y lo ha expresado en forma de narración. Podría decirse que estos dos capítulos son una especie de anuncio de lo que se expondrá a lo largo de todo el evangelio. Otros evangelios lo han hecho de otro modo.

Marcos lo presenta por medio de la imaginaria. La descripción de Juan Bautista, más pormenorizada que en otros evangelios, empalma con Elías y viene precedida de una amalgama de palabras de profetas y del Pentateuco. Mateo simplifica la cita quedándose en Isaías y mantiene la descripción de Juan Bautista inspirada en el atuendo de Elías. Juan pasa directamente de la discusión sobre el Mesías, Elías o el profeta y la cita de Isaías al anuncio del "cordero de Dios" que nos sitúa ya en la nueva dimensión.

Si nos centramos en los dos capítulos de Lucas la confrontación ha de hacerse con Mateo que es el único que tiene un texto semejante. Dejando de lado la genealogía, que Lucas tiene fuera de estos dos capítulos, podemos ver que la insistencia de Mateo recae sobre la palabra. Cinco citas dan sentido a los cinco episodios narrativos de su evangelio, desde la anunciación a José hasta la ida a Nazaret. O tal vez debamos decir que cinco narraciones contemporáneas ejemplifican las palabras del pasado. Se debe notar que lo importante en estas citas es el *texto* no los *personajes*. Ni siquiera se cita el nombre del profeta de quien se toma la cita. La excepción es Jeremías en el duelo de Raquel que anticipa el de los inocentes. El nombre de Raquel y el de David como título de José son los únicos nombres del Antiguo Testamento que aparecen.

Muy distinto es el caso de Lucas. Aquí escasean las citas y abundan los nombres. Por supuesto los de los antepasados ilustres: Abrahán, Jacob (Israel), David nombrados varias veces. Pero también están Moisés y Aarón, Elías, Aser y hasta un descendiente de Aarón que ha dado nombre a un turno sacerdotal: Abías e incluso el nombre Fanuel, el padre de Ana la profetisa.

No voy a insistir en la característica de historiador abundantemente atribuida a Lucas. Pero no podemos por menos de constatar que lo que él presenta no es un libro sino una historia que se ha ido desarrollando hasta llegar al momento presente. Son los personajes que han tenido esas vivencias los que desfilan ante nuestros ojos. Y en ese fluir es en el que se inserta Jesús, el objeto de su anuncio. Para terminar este apartado hagamos una observación. Los nombres son más abundantes y variados en el capítulo primero que en el segundo. En este segundo capítulo aparte del exótico Fanuel solo David y Moisés aparecen y los dos por su relación con Jesús, bien sea por razones de familia o de Ley que va a cumplir.

2. El paralelismo que no lo es tanto...

Nos entramos ya en los dos primeros capítulos de Lucas. Primero quiero llamar la atención sobre un fenómeno muy extendido al explicar este texto. Me refiero a paralelismo que se produce entre Jesús y Juan Bautista. Este hecho está subrayado tanto en comentarios eruditos como en libros de (alta) divulgación. En efecto, a primera vista aparece muy llamativamente: anunciación de Juan y anunciación de Jesús; nacimiento de Juan y nacimiento de Jesús; circuncisión de Juan y circuncisión de Jesús. Naturalmente detenerse ahí no satisface ni al texto ni a la mayor parte de las personas por lo que se suele añadir que ese paralelismo está desnivelado de la parte de Jesús.

Efectivamente llama la atención de inmediato que hay otros tres episodios que no tienen paralelo: no hay visitación de Isabel a María, ni presentación de Juan en el Templo y mucho menos una interacción de Juan con los maestros de la Ley en el Templo a los doce años... El paralelismo, aunque se diera, no podría guiarnos para entender estos dos capítulos ni su función en el evangelio.

Pero es que además, ese paralelismo es más aparente que real. Vamos a admitirlo por ahora en las anunciaciones. Los otros dos episodios no representan un paralelismo.

Comenzamos por la extensión. Al nacimiento de Juan se le dedican dos versos (Lc 1,57-58). Al de Jesús 20 (con los preparativos que en este caso son necesarios y el desarrollo de la secuencia, que es mucho mayor que en el nacimiento de Juan (2,1-20). Por el contrario la circuncisión está mucho más desarrollada en Juan (1,59-79) que en Jesús (2,21). Es esta diferencia de extensión lo que lleva a algunos autores a unir los dos episodios bajo el epígrafe de “nacimiento y circuncisión de” Juan y Jesús respectivamente.

Pasando al contenido de cada uno de ellos vemos que esta unión no es posible. No solo porque el autor ha señalado claramente que se trata de tiempos distintos, sino porque el contenido y el tono de la narración es completamente diferente en uno y otro.

- El nacimiento de Juan es un asunto de familia. Extraordinario, por cierto, y que suscita en el círculo de familiares y amigos reacciones de alegría y reconocimiento hacia Dios.
- El nacimiento de Jesús en cambio es un acontecimiento universal, situado en el ambiente de la “tierra habitada” a la que afecta el decreto de Augusto. Sus efectos sobrepasan el ámbito terreno para englobar también el celestial: un ángel baja y anuncia, una multitud de ellos entona el primer “Gloria in excelsis Deo” de la historia... y se vuelven al cielo. El nacimiento de Jesús tiene repercusiones fuera de familiares y conocidos y los pastores van, ven y constatan lo que se les ha dicho y además lo anuncian a desconocidos e innumerados oyentes. El paralelismo se reduce en realidad al hecho de que nacen dos niños...

Las dos escenas de circuncisión no son menos dispares. La noticia de la circuncisión de Jesús es de una simplicidad que parece rayana en la simpleza. Pero lo mismo que en el caso desarrollado de Juan lo importante es el nombre. En la circuncisión de Jesús no hay problema. El nombre viene “impuesto” desde arriba. Lo ha transmitido el ángel ya antes de la concepción. No hay necesidad ni lugar a discusión. Se puede notar que nadie pone el nombre a Jesús, el uso de la pasiva es total “*se le llamó Jesús*”, nombre dicho por el ángel antes de ser *concebido*...” El nombre lo recibió la madre, poner el nombre corresponde al padre... la pasiva lo arregla todo y además remite en el ambiente bíblico al pasivo teológico que apunta a Dios como origen del nombre.

La discusión sobre el nombre llena en cambio la escena de la circuncisión de Juan. La iniciativa de la parentela, dada la mudez del padre que es quien había recibido el nombre, choca con la oposición de la madre y ello tiene que desembocar en la consulta al padre. El padre por medio de la escritura da la razón a la madre contra toda la parentela. Y entonces cuando todo se ha cumplido se le abre la boca y alaba a Dios con un gran canto. Al fin y al cabo Zacarías es el penúltimo profeta del Antiguo testamento. El último será su hijo como él mismo se encarga de subrayar en su himno: “*y tú niñoito serás llamado profeta del Altísimo...*” (Lc 1,76). No deja de ser interesante que frente a su hijo de una semana, frente al niño esperado, deseado y orado, el padre no lo llame “hijo” sino que se contente con el más genérico niñoito.

Después de estas rápidas observaciones parece bastante claro que una comparación entre las narraciones de ambos nacimientos y circuncisiones dejan más variantes que paralelismos.

3. ... y la función de las “anunciaciones”

El caso de las anunciaciones es completamente diverso. Aquí sí que hay paralelismo. La longitud es más aproximada, el contenido y el proceso también. Paralelos hasta el punto de que “el género literario anunciación” del que hablan varios autores parece basado en estos dos casos.

En ambos casos hay una entrada del mensajero, que en nuestro caso es el mismo personaje: el (arc)ángel Gabriel. La turbación del receptor es igual. El anuncio de la misión: nacimiento del niño y descripción de su futuro y misión siguen las mismas pautas. La incomprensión de parte del receptor manifestada en una pregunta es el factor siguiente y se termina con la explicación del ángel antes de su vuelta.

Digamos, aunque sea solo de paso, que hacia final se muestra una divergencia. La necesidad de adaptar el texto al proceso previsto por los especialistas obliga a veces a igualar lo que es desigual. El paso que acabamos de llamar “incomprensión” generalmente se conoce como “objeción de parte del receptor”: Zacarías objeta con su edad y la de su esposa y María con la ausencia de esposo. Llama la atención la diversa reacción en la respuesta del ángel. En el caso de Zacarías éste recibe una reprimenda hecha realidad en un signo que también se podría entender como castigo. María por el contrario recibe toda clase de explicaciones y seguridades de que todo está en orden y hasta se le da un ejemplo positivo, precisamente el embarazo de su pariente, la esposa de Zacarías. Muchos se preguntan por qué esa diversidad de trato.

Para entenderlo hay que fijarse en la pregunta ya que el ángel responde exactamente a lo que se le ha preguntado. A este paso lo hemos llamado “incomprensión de parte del receptor” en un intento de ampliar el concepto corriente de “objeción”. La pregunta de Zacarías podría entrar en la objeción, pero la de María no. No se trata de una objeción ni siquiera cuando se traduce, mal a nuestro entender, por “¿cómo podrá ser eso si no conozco varón? Pero es que además el texto no incluye el polémico “podrá” sino simplemente dice *¿cómo será esto...?* Zacarías pedía una prueba: “¿cómo sabré?”, María una explicación por si tiene que hacer ella algo: “¿cómo será eso?”. Y la respuesta es que no, que no tiene que hacer nada, porque todo será cosa del Espíritu Santo.

Esto lleva al final divergente del que hablábamos antes. Como Zacarías no puede hablar, no puede tampoco mostrar ni conformidad ni alegría ni acción de gracias. Pero María sí puede hablar y mostrar su aceptación del papel pasivo que se le ha asignado. La divergencia en cualquier caso se limita a los momentos posteriores de la narración.

Es inevitable que llegados a este punto nos preguntemos por qué las anunciaciones siguen procesos básicamente paralelos y en cambio los nacimientos y las circuncisiones no, como hemos visto antes. Tal vez tengamos un primer atisbo de solución en el mismo nombre con que etiquetamos estos diversos episodios. Las anunciaciones, como su mismo nombre indica, están orientadas necesariamente al futuro. Los nacimientos etc. pueden estarlo o no estarlo. Podría ser que un nacimiento formara parte todavía del anuncio y otro fuera ya parte de la realidad anunciada.

Siguiendo esta línea podemos ver que las anunciaciones pertenecen a un tiempo de anuncio, claro. ¿Y los nacimientos y las circuncisiones por poner los posibles paralelos? Será necesario ver más concretamente como se narran esos acontecimientos. Será fundamental ver los tiempos de los verbos para ver si el acento se pone en lo que está sucediendo o ha sucedido ya o más bien en lo que esto preanuncia. El nacimiento de Juan Bautista se narra muy brevemente y se limita a verbos en presente o imperfecto sobre el hecho. Pero en la circuncisión, después que el padre recobra el habla, la gente empieza preguntarse por toda la zona montañosa de Judea: “¿qué será de este niño? Lo que nos indica que el nacimiento forma parte todavía de un anuncio.

Esto lo pone de relieve todavía mucho más la profecía que sobre él hace su padre en el himno de acción de gracias a Dios: “*Y tú niño serás llamado profeta del Altísimo... porque irás a preparar sus caminos, dar noticia de la salvación... nos visitará...*” Estamos pues aún en un tiempo de anuncio.

El capítulo primero se cierra con una frase a modo de estribillo (1,80) como conclusión del ciclo de Juan Bautista. Partiendo del momento mismo de la circuncisión para hacerlo “*crecer y fortalecerse en el espíritu*”. Pero adelanta ya su “*estancia en el desierto*”, que debió suceder años después, en vista “*al día de su manifestación a Israel*”.

4. El desarrollo de la narración en tres etapas: Los tres estribillos

He llamado estribillo a la frase recientemente citada porque, aun con variantes, se repite en otras dos ocasiones: en 2,40 y 2,52. Esta última cierra los dos capítulos.

Merece la pena citarla por completo y ver su relación:

1,80: **El niño crecía y se fortalecía en el espíritu, y vivía en los desiertos hasta el día de su manifestación a Israel.**

2,40: **El niño crecía y se fortalecía, lleno de sabiduría y la gracia de Dios estaba con él.**

2,52: **Y Jesús iba creciendo en sabiduría, en estatura y en gracia ante Dios y ante los hombres.**

La traducción está arreglada para permitir ver las relaciones verbales. La tipografía por su parte nos permite destacar con claridad que el segundo estribillo sirve para unir el primero y el tercero. Con el primero tiene en común el inicio, con el tercero, varios elementos de la segunda parte. Unión y separación.

Porque como es obvio hemos cambiado de niño del capítulo primero al segundo. Juan Bautista no aparece para nada en el capítulo segundo (Jesús sí se deja entrever en el primero, anunciado por el ángel, sentido y alabado por Isabel).

Por su parte el tercer estribillo es también de corte. La separación entre el capítulo 2 y 3 en el evangelio de Lucas es mucho más clara que en el caso de Mateo. En Mateo la transición es natural hasta el punto de comenzar el capítulo con las palabras: “por aquellos días...” como si la aparición del Bautista fuera una continuación de la llegada de Jesús a Nazaret procedente de Egipto, o al menos un suceso casi contemporáneo.

No así en Lucas. La aparición pública de Juan el Bautista está separada de la narración anterior por una serie de sincronismos que afectan al mundo judío y al romano tanto en el centro como en provincias. Una serie de nombre de personas y lugares para dejar claro que ya no estamos en los días de Augusto como en el capítulo segundo sino en los de Tiberio.

Esta separación neta insinúa que el conjunto de Lc 1-2 hay que leerlo como una totalidad, teniendo en cuenta que es el comienzo del evangelio, es decir que se inserta en una totalidad mayor.

Dentro de esta totalidad parcial los tres estribillos jalonan el discurrir de la narración o señalan su final. Dado que como hemos observado el segundo tiene conexión con el tercero y por otra parte señala una división, y cambio de protagonista, en el segundo capítulo, podemos pensar en una organización en tres partes de las cuales la tercera es como la culminación de la segunda.

Hemos dicho ya que el primer capítulo es uno de anuncio. Por supuesto las anunciaciones. También la de Jesús: *"concebirás, darás a luz, llamarás, será grande, será llamado, le dará, reinará, no tendrá fin. Vendrá sobre ti, te cubrirá, será llamado, no habrá imposible..."*. Nada menos que once futuros en las palabras del ángel.

También hemos visto ya que tanto el nacimiento como la circuncisión de Juan Bautista más que acontecimientos presentes son indicio, promesa de un futuro.

¿Y qué tenemos en el capítulo segundo? Algo bien distinto.

Comencemos por una fórmula que se repite tres veces, precisamente introduciendo los tres episodios anteriores al corte del segundo estribillo, nacimiento, circuncisión y presentación en el templo: *"se cumplieron los días de/para"*.

2,6 "Se cumplieron los días de dar a luz ella..."

2,21 "Se cumplieron días ocho para circuncidar."

2,22 "Se cumplieron los días de su purificación..."

Hay que hacer notar que la frase de la circuncisión es un poco anormal (se podría haber dicho "en el día octavo" como en el caso de Juan 1,59) y ello indica una intención de mantener la fórmula aunque no se puedan mantener las formas. Y de paso notemos que para Isabel se usa una fórmula distinta: *"A Isabel se le cumplió el tiempo..."*.

Todo esto nos lleva a pensar en una fórmula querida y que se desea mantener para mostrar que estamos hablando de... un cumplimiento. Ya no es momento de anuncio sino de que se ha cumplido el anuncio.

Y eso es lo que dice el ángel: *"os doy la buena noticia de una alegría que será para todo el pueblo, que os ha nacido HOY un salvador que es Cristo señor en la ciudad de David"*. Y no convendría olvidar el "ahora" con que comienza el himno de Simeón cuyos ojos han visto la salvación.

5. El capítulo primero

A. Recapitulación

El capítulo abunda en nombres del AT. Sobre todo nombres de *personas*. Se pueden reunir en tres categorías. Los antepasados que son tres /cuatro nombres con hasta ocho menciones: Abrahán dos, Jacob/Israel una/dos y David tres veces. Es importante ver esta acumulación de alusiones a los antepasados sobre todo por los nombres elegidos: el fundador, el patriarca y el rey que consolida la fusión de pueblo y tierra. Esta fusión ya aparece en el doble nombre de Jacob como persona y como nombre de territorio. Luego vienen los nombres ligados al sacerdocio como antepasados de Zacarías e Isabel: Aarón y Abías. Por fin un solo nombre para la profecía, el prototipo de profeta: Elías.

También hay nombres de *lugares*: Galilea y Judea. Este último nombre aparece con la doble forma: Judá y Judea. La parte asignada a Judá (otro nombre propio de antepasado, usado aquí como toponímico) poco a poco fue convirtiéndose en nombre de región con la pequeña transformación en el NT en Judea. No hay que añadir Nazaret porque ese nombre no aparece en el AT.

Aunque sea algo menos concreto que los nombres, las **instituciones** colorean fuertemente todo el capítulo. Por orden de primera ocurrencia comenzamos por el Templo con su cohorte de sacerdotes, de ceremonias y de lugares específicos. En realidad “sacerdote” es palabra que aparece antes que el nombre de Zacarías o su situación familiar. El primer personaje en la narración de Lucas es un sacerdote. Encuadrado para el servicio del Templo en un turno concreto. La escena nos lleva inmediatamente al Templo, donde el pueblo ora y espera la salida de Zacarías del santuario. Zacarías ha entrado a ofrecer el incienso. Y allí “*a la derecha del altar del incienso*” se le aparece el ángel y recibe el mensaje. No se podía pensar un ambiente más judío para comenzar la obra. Nada que simbolice y resuma el AT tan bien como el Templo.

Seguimos por la *familia*. El capítulo se abre con la mención de una familia sobre la que pesa la falta de descendencia: Zacarías e Isabel. La familia se realiza en la descendencia para que no se borre de Israel el nombre del difunto (ver las disposiciones de Dt 25,5-6). Tras la concepción Isabel subraya este punto con su reconocimiento ante Dios. En este ambiente el nombre es absolutamente importante y los parientes y vecinos tratan de perpetuar la memoria del ya anciano Zacarías dando ese nombre a su hijo. Solamente la doble intervención de los padres lo evita. El nombre del niño viene de más arriba y debe manifestar la intervención de Dios: “(el) Señor agracia”, Juan. Por eso es más curioso lo que sucede con este niño desde su anuncio. A Zacarías se le dice que su oración ha sido escuchada y que su esposa le dará un hijo. Pero inmediatamente se le añade que “*muchos se alegrarán con su nacimiento... convertirá los corazones de los padres a los hijos* (intertextualización del AT)... *para preparar al Señor un pueblo bien dispuesto*”. De su valor familiar, nada. Luego se lo aleja un poco más con el nombre no familiar. Y por fin cuando su padre en su profecía se dirige hacia él no lo llama “hijo mío”, él que tanto había suspirado por ese hijo, sino “niñito” como si fuera hijo, grandioso, pero de un extraño.

El aspecto familiar también está presente en la anunciación de Jesús. María está desposada con José y esto es en vistas a formar una familia. No importa aquí porque queda fuera de nuestro texto, hablar de cómo afecta a estos planes la intervención de Dios.

La tercera institución que forma el entramado de la narración es la *Alianza*. Aparece en su forma de “*mandamientos y leyes del Señor*” que Zacarías e Isabel observan puntualmente y les permiten “*caminar sin falta*”. Esa Alianza que es el fundamento de sus oraciones y de la escucha de parte del Señor. Que se hace presente en las visiones y mensajes angélicos tanto a Zacarías como a María. Y a cuya culminación va dirigida en definitiva toda la intervención de Dios. Por eso se la recuerda en el desarrollo de los dos himnos que pronuncian las personas agraciadas con las visiones. Porque el recuerdo de los grandes hechos del pasado abren la esperanza a mayores maravillas en el futuro.

Otra institución típica del AT tanto en la vida a lo largo de la historia como en la literatura es el *profetismo*. Aquí está presente desde el comienzo con el recuerdo de Elías por parte del ángel y su aplicación al niño anunciado por medio de las palabras del profeta Malaquías. Luego es Zacarías que lleno del Espíritu Santo profetiza. Por fin que Juan será llamado profeta del Altísimo. El fenómeno profético también está muy presente en todo este capítulo primero con lo que queda más anclado en el AT.

Señalemos por fin otra institución íntimamente ligada a la alianza de que se habla y por extenso en este capítulo: la *circuncisión*. Es precisamente en el momento de la circuncisión de Juan donde se reúnen las instituciones mencionadas antes. Es ante todo una prescripción de la alianza, es el modo de entrar en ella el niño recién nacido. Y es un momento familiar porque es festivo entrar en la alianza, fundamento del pueblo y su razón de ser. En este momento el sacerdote Zacarías se convierte en profeta e inviste con esa misión a su hijo convertido en “niñito”, ahora ya al servicio de Dios en otra función, no la sacerdotal heredada de su padre.

También se aluden y hacen presentes **hechos** del pasado. La presencia del Templo evoca su construcción y reconstrucción, así como su engrandecimiento en los días del rey Herodes. La organización y reorganización del culto, el orden sacerdotal, los sacrificios y ofrenda del incienso, al que asiste reverente desde fuera el pueblo. Se recuerdan en su realidad actual. Está presente el movimiento profético más prístino con su mayor representante, Elías. Pero no se recuerdan sus hechos sino su vivencia y pervivencia en las promesas “*por boca de sus santos profetas desde siempre*”. El espíritu de Elías que flota sobre Israel en busca y espera de alguien en quien posarse para la última y definitiva manifestación de Dios. Se recuerda su estancia en el desierto imitada por Juan y anunciada anticipadamente aquí. Se recuerdan las hazañas pasadas de Dios, prometidas “*a Abrahán y su descendencia para siempre*”.

Con todos los elementos que hemos enumerado es claro que el capítulo primero de Lucas es un buen resumen del Antiguo Testamento. Muy discreto en el uso de textos y evitando las citas. Pero recreando el ambiente de modo que los no pertenecientes a este ambiente o poco iniciados se encuentren a gusto y comprendan este sentido.

B. Anuncio de lo por venir

Pero habíamos resaltado antes su carácter de anuncio. No es de ningún modo contradictorio. La condensación del AT en esas páginas se hace en orden a anunciar algo nuevo que no ruptura pero al mismo tiempo es nuevo.

Lo nuevo anunciado son dos niños con funciones diversas. Uno encarna la continuación, el otro la novedad. Uno se sitúa por familia en la línea sacerdotal y por la gracia de Dios en la línea profética. El otro se inserta en la línea de la herencia. El profeta caminará ante el Señor con el espíritu de Elías. El otro heredará el trono de David su padre. El profeta hará volver *“los corazones de los padres a los hijos”*. El heredero recibirá *“un reino que no tendrá fin”*. Eso es lo perceptible que se comunica en los mensajes de anuncio del ángel.

El contenido de esas promesas se destaca en los himnos de los padres.

La madre del heredero hace resaltar lo que ya (al parecer por medio de la concepción) ya *“ha realizado en mí el todopoderoso, su nombre es santo”*. Se refiere a *“la misericordia que habló a nuestros padres, a Abrahán y su descendencia para siempre”*. Oculto, pero ya presente, lo siente Isabel en la visita de María.

El profeta padre del profeta se concentra en el futuro: *“caminarás en la presencia del Señor a preparar sus caminos, para dar a conocer a su pueblo la salvación en el perdón de los pecados, por las entrañas de misericordia de nuestro Dios nos visitará el sol que nace de lo alto, para iluminar a los que viven en tinieblas y e sombras de muerte, para afirmar nuestros pasos en el camino de la paz”*. No lo realizará el niño, lo anunciará, él solo es profeta, no es el salvador.

6. El capítulo segundo: Primera parte

El capítulo segundo es muy distinto. Siguen apareciendo nombres del AT, pero menos en número y ya no como trasfondo del anuncio sino de la realización.

Comienza situándonos en un ambiente muy diverso. No está limitado a Israel Galilea-Judea, aunque se nombre a ambas. El marco ahora es toda la tierra habitada con su centro en Roma aunque no se nombre la ciudad. Porque tampoco son los días de Herodes, rey vasallo por la gracia de Roma, sino los de César Augusto y sus legados. Este cambio de horizonte espacio-temporal inaugura una realidad nueva.

Ya hemos visto la importancia de la fórmula “se cumplieron los días” en este capítulo.

Estamos en el tiempo del cumplimiento de algún modo contrapuesto al tiempo de anuncio. Y consiguientemente podemos decir que si al capítulo primero condensaba el AT, el segundo inaugura el Nuevo. Y lo hace reforzando la figura del heredero que hemos visto antes.

La figura del heredero está necesariamente ligada a la de hijo. En la anunciación el ángel dice: *“le dará Señor [sin artículo! es nombre propio no título] Dios el trono (he-*

rencia) *de David su padre*". Recibe la herencia porque es hijo. Por eso los "padres" del pueblo, Abrahán, Jacob/Israel son los nombres destacados ya en el capítulo primero. Pero se destaca particularmente a David porque ese nombre une íntimamente filiación y herencia. Claro que el ángel ha puesto en claro antes que "se le llamará hijo del Altísimo". La filiación va más allá del derecho al trono davídico. Incluso más allá de los derechos adquiridos como miembro del pueblo. Su carácter de hijo viene de más arriba. O de antes, si se prefiere una expresión temporal.

El capítulo segundo refuerza esto de un modo neto.

El viaje a Belén está justificado porque José (que es quien transmite la línea familiar a Jesús) pertenece *"a la casa y familia de David"*. Hay que entroncarlo claramente en su linaje, llevarlo a sus orígenes. Y una vez allí puede nacer. El evangelista lo subraya añadiendo que es el primogénito. Está fuera de lugar discutir si "primogénito" incluye que haya hermanos posteriores. Primogénito no dice ni que sí ni que no. Para ser primogénito no se necesita que haya hermanos posteriores, lo necesario es que no los haya anteriores. Al ser primogénito se señala su puesto en la línea de heredero. No solamente es hijo sino el heredero.

Para ser heredero hay que tener algo que heredar. El ángel habló del trono de David su padre. Por eso la figura de David está muy señalada en toda la narración del nacimiento. Los padres van a Belén precisamente por eso. Y el ángel da la noticia a los pastores usando una frase un tanto indirecta. ¿No hubiera sido más fácil, e inteligible para unos pastores que están en las cercanías de Belén, decir simplemente "en Belén"? ¿Qué necesidad hay de la perífrasis "en la ciudad de David"? Ninguna y además puede engendrar confusión porque la ciudad de David era la parte alta de Jerusalén donde estaba precisamente el Templo. Pero la mención de David era importante para subrayar una vez más la idea del hijo-heredero.

El modo concreto de ejercer esa herencia recibida en calidad de hijo será la salvación. El ángel lo pone en claro a los pastores. *"Os doy la buena noticia, una gran alegría para todo el pueblo, 'Hoy ha nacido para vosotros un salvador que es Cristo Señor'..."*. *Hijo de David, sí, pero como salvador*. Primogénito en la herencia de un trono que está más allá "en las alturas (lo altísimo)" como corresponde al hijo del Altísimo, más allá de David.

La escena de la circuncisión no aporta nuevos datos. Sólo el hecho de que el nombre haya sido pronunciado por el ángel nos devuelve a las alturas y al Altísimo de quien procede el nombre.

En cambio la escena del Templo sí ofrece material. Porque, aparte de la purificación ¿de ellos? ¿de ellas?, está la presentación del niño. Y la presentación del niño está preceptuada en calidad de primogénito. Al primogénito es al que hay que rescatar. A él es a quien hay que presentar a Dios. Por el primogénito es por quien hay que presentar la ofrenda. Y ello en el Templo que es el lugar que le corresponde a Dios. Pero además es el lugar apropiado para nuestro primogénito porque será llamado hijo del Altísimo. El hijo, el primogénito entra en el Templo para cumplir la Ley. Una Ley que comienza siendo la de Moisés (v. 22) pero sigue y termina siendo la Ley de Señor (23.39).

Volvemos al comienzo. En este capítulo ya no estamos en una situación de anuncio sino de realidad. El nacimiento y el niño es real, necesita ser acogido, envuelto en pañales, reclinado en alguna parte aunque se a un pesebre.

Los pastores encuentran a un niño con su madre y José, tal como les había contado el ángel y cantado los ángeles. Un niño real entre nosotros, de quien se puede hablar en concreto, por quien se puede uno maravillar y glorificar y alabar a Dios. Un niño, finalmente, a quien se debe llevar al Templo y a quien Simeón puede tomar en brazos ahora. Que se puede anunciar como hace Ana. Así esta primera parte del capítulo segundo nos presenta una realidad aunque sea solamente esbozada, por estar en sus comienzos.

Estamos ya en el Nuevo Testamento.

7. Capítulo segundo: Segunda parte

No podemos pasar por alto una peculiaridad de este segundo capítulo que ya hemos mencionado: el estribillo que se inserta tras los acontecimientos del nacimiento y el último episodio. Hemos visto cómo era una especie de enlace entre el primero y el tercero y último, es decir señala un corte menos claro con lo anterior. Pasamos página, pero no cerramos capítulo. Lo que viene a continuación se refiere al mismo niño.

Pero en otra edad. *“Cuando cumplió doce años”*. Es tan claro que estamos hablando del mismo niño que el autor ni se preocupa de señalar quién cumplió doce años. No pueden ser los padres por razones lógicas y gramaticales. Tiene que ser Jesús, él es quien marca el tiempo. Si en el primer capítulo estábamos en los días del rey Herodes y al comienzo del segundo en los tiempos de Augusto, ahora son los días de Jesús. Los padres solían ir a Jerusalén año tras año a la fiesta de la Pascua, pero un año es especial, Jesús ha cumplido los doce años y *“sube con ellos”*. Lo que sucede no es en los días de la fiesta sino acabados estos. Entonces es cuando Jesús se queda en Jerusalén, cuando lo buscan y lo encuentran. Son sus días.

Y su espacio: en el Templo.

En este tiempo y en este espacio sucede algo. Aparentemente es poco más que una travesura de preadolescente. En el verso 51 lo vemos bajar a Nazaret y se nos adelanta que les estaba sujeto. La travesura, al parecer, no se repitió ni fue a más.

Pero si miramos con atención vemos que hubo más que una travesura. En el transcurso se produce una separación. Al comienzo del episodio en el verso inicial se nos dice que *“cuando cumplió doce años, habiendo subido ellos según la costumbre de la fiesta...”*. Sube un grupo, ellos, los tres. Pero al bajar *“bajó él con ellos...”*. Ya no es un grupo de tres, es un 1 + 2, que matemáticamente es lo mismo, pero familiarmente no es igual. Ese “uno” se destaca del grupo y precisamente de este grupo.

La explicación de este cambio no está en los días de separación a los cuales apenas se hace una alusión indirecta. Ni siquiera está en la escena impensada del encuentro con su ambiente y personajes en activo. No se nos informa en absoluto del contenido y duración de este encuentro.

Es el breve diálogo de la madre con Jesús, el que nos da la clave. Es necesario pararse un momento para caer en la cuenta del arte con que está construido. Quien pregunta es la madre. Completamente contrario a las costumbres del momento y lugar. Y no vale decir que se nos ha advertido antes de que el padre no es el padre. De eso ya estábamos advertidos, por ejemplo, cuando la circuncisión y no se dice que la madre sugiriera el nombre. Y aunque fuera congruente para los lectores no lo es con la escena que está describiendo situada en Jerusalén, el corazón del judaísmo y en el Templo y en presencia de los guardianes de las esencias: los doctores. La razón de que quien pregunte sea la madre está en el contraste que eso permite y que es el centro del mensaje: *"tu padre y yo te buscamos doloridos"*. Y la respuesta *"¿No sabíais que debía estar en los asuntos de mi padre?"*. El contraste tu padre – mi padre solo es posible si la que pregunta es la madre.

Es evidente que el autor ha construido la escena para llegar a este punto, al momento en que Jesús muestra tener una cierta conciencia de su persona y personalidad. Jesús se muestra ante sus padres, en presencia de los doctores como alguien que es hijo de otro Padre. Un Padre que tiene una relación íntima con el Templo. La respuesta se puede entender como "en la casa de mi Padre" que es donde lo han encontrado.

La relativa separación de la familia en la que se encontraba desde su nacimiento y la proclamación de una nueva identidad separan este episodio de todo el capítulo segundo. No señala otra cosa, pero sí otro momento. Desde comienzo del capítulo estábamos ya en el Nuevo Testamento, aunque de una manera incoada. Ya *"se habían cumplido los días de..."*. En este último episodio el protagonista lo proclama de modo (semi-)público y manifiesto. Estamos ya en los días de "mi Padre", en la casa de mi Padre. Ya plena y claramente en el Nuevo Testamento. Aunque sólo en anuncio. Aún hay que esperar a la eclosión que sucederá cuando Jesús proclame el HOY de la sinagoga de Nazaret.

Y esta es la función del estribillo de 2,40. Señala el paralelo de crecimiento con el niño de que se hablaba en el capítulo primero. Y se bifurca al final para señalar la acción de la gracia de Dios.

Creo que queda suficientemente explicado por qué he puesto el título "Del Antiguo al Nuevo Testamento". El capítulo primero es un compendio del Antiguo Testamento en personajes e instituciones. En el segundo pasamos ya al Nuevo en dos fases que son una continuación y superación. Esta es la forma literaria –narrativa– con la que Lucas presenta el proceso. Parece muy lógico y con una presentación muy lisa y fluida.

Si acaso puede parecer un tanto extraña la ausencia en el capítulo segundo de Juan Bautista que tanta importancia había tenido en el capítulo primero y que reaparecerá en el tercero. Esto ya nos había sido advertido en el primer estribillo al enviarlo al desierto (ausencia de capítulo segundo) hasta su manifestación a Israel (capítulo tercero). Tal vez merezca la pena dedicar un poco de estudio a esta figura en relación con la presentación lucana de la relación entre los Testamentos.